

CAPITULO II.

IMPORTANCIA DE LA RELIGION CON RESPECTO AL HOMBRE.

La felicidad es el fin natural del hombre: él desea irresistiblemente ser dichoso; pero muy á menudo la razon incierta y las pasiones ciegas le extravian y llevan lejos del término á que aspira con un ardor tan vivo. El bruto sometido á leyes

invariables llega con seguridad á su destino. Ningun error, ningun afecto desordenado le separa del fin que le señaló naturaleza; y la muerte, de la cual no tiene ni prevision ni terror, viniendo en el momento en que la decadencia de los órganos no le dejaria recibir mas que sensaciones dolorosas, es aun para él un beneficio.

No sucede así al hombre: habiendo nacido inteligente y libre, para gozar de la felicidad, es necesario que la busque, que se aplique á discernirla de lo que no es mas que la imágen, y que su voluntad la elija libremente; y nunca se aleja mas de ella que cuando, como el animal, no obedece mas que á sus apetitos. Las nobles facultades que degrada, vengando sus derechos ultrajados, le hacen sentir y conocer muy pronto, por la amargura que derraman en sus placeres, que hay para él otra ley que la de los sentidos.

La felicidad de las criaturas consiste en su perfeccion, y cuanto mas se allegan á esta, mas se acercan á aquella. Hasta tanto que llegan, se las ve agitadas, inquietas, porque todo ser que no ha alcanzado la perfeccion que le es propia, ó que no es todo lo que puede y debe ser, está

como de paso y busca el lugar de su descanso, semejante á un viagero que, perdido por regiones extrañas, busca con ansia su pátria. Y es digno de notarse que todos los hombres, dominados sin advertirlo por el sentimiento de esta verdad, unen constantemente á la idea de felicidad, la de descanso, que en sí mismo no es otra cosa que aquella paz profunda, inalterable, de la cual goza necesariamente un ser que ha llegado á su perfeccion, y que S. Agustin llama con admirable propiedad *la tranquilidad del orden*. La Escritura para pintar el lugar espantoso del soberano mal, nos habla de él como de una region desolada, *de una tierra de tinieblas y de muerte, de la cual está desterrado todo orden, y en la que un horror eterno habita*¹.

Siendo relativa la perfeccion de las criaturas á su naturaleza, se sigue que ninguna, y el hombre mucho menos, podria ser feliz sino por una perfecta conformidad con las leyes que resultan de su naturaleza. En una palabra, no hay felici-

¹ *Terram miseræ et tenebrarum, ubi umbra mortis et nullus ordo, sed sempiternus horror inhabitat. JOB. X, 22.*

dad sino en el seno del orden; y el orden es la fuente del bien, como el desorden lo es del mal, tanto en el mundo fisico como en el moral, para los pueblos así como para los individuos; y cuando ellos desconocen esta verdad eterna, sigue el castigo de cerca, proporcionado siempre á la gravedad del desorden; y si este es extremo, si un individuo ó un pueblo se hace, por decirlo así, culpable de un delito capital, violando las leyes fundamentales de su ser, la naturaleza inexorable le castiga de muerte.

Mas para conformarse á las leyes del orden, es necesario conocerlas. Luego ninguna felicidad debe esperar el hombre si no se conoce á sí mismo, ni á las criaturas con quienes tiene relaciones necesarias, es decir, los seres sus semejantes; porque no hay relaciones necesarias ó sociedad, sino entre seres semejantes. Y el hombre efectivamente puede conocer á Dios y conocerse á sí mismo, por consiguiente, tambien las relaciones necesarias que le unen á Dios y á los otros hombres, y que se derivan de la naturaleza del hombre y de la naturaleza de Dios. De otro modo seria un ser contradictorio, pues que teniendo

un fin que es la perfeccion ó la felicidad, no tendria medio alguno de llegar á ella.

Y esto muestra claramente cuan absurda es la doctrina del fatalismo. Porque si las acciones humanas fuesen efecto de una necesidad invencible ó necesitadas, todas se dirigirian necesariamente á la perfeccion del hombre, y seria siempre tan feliz, cuanto le es posible serlo. No hay mas que un ser libre que pueda obrar contra las leyes de su propia naturaleza; y ni la desgracia ni el desórden pueden explicarse sino por la libertad.

La naturaleza que es inmutable, porque no es otra cosa que el órden que Dios ha determinado inmutablemente, prescribe al hombre leyes inmutables como ella; leyes necesarias porque son la expresion de relaciones necesarias; leyes fuera de las cuales no se encuentra ni paz ni felicidad, porque fuera de ellas no hay mas que desórden. Nadie puede señalar su origen, ni nombrar su inventor. Se hacen ellas mismas conocer fácilmente por su antigüedad, por ser universales, por un cierto carácter de sim-

plicidad ó sencillez, fuerza y grandeza, que las distingue esencialmente, y las conserva indestructibles en medio de las revoluciones de las costumbres, y las vicisitudes de las opiniones.

No obstante, seducido el hombre por una falsa ciencia, ó arrebatado por las pasiones, trabaja frecuentemente en substituir á esta legislacion natural otra facticia; lo que es lo mismo que pretender mudar su naturaleza y la de todos los seres sus semejantes. Así, ya sea que, deseando establecerse arbitrariamente en sociedad con Dios, combine dogmas é invente religiones; ya sea que, queriendo establecerse arbitrariamente en sociedad con los demas hombres, combine formas de gobierno é invente constituciones; su vana sabiduría viene á parar en substituir opiniones á creencias, pasiones á obligaciones, y tanto en el Estado como en la familia y en el individuo, pone la agitacion del desórden y la fiebre del libertinage, en lugar de la tranquilidad del órden: siendo de notar que los mayores males que han afligido al género humano, en todas épocas, han nacido de las consti-

tuciones arbitrarias y de las religiones arbitrarias.

La Religión, la moral, la sociedad, son hechos generales como la gravedad; leyes generales é independientes de nuestras ideas, como las del equilibrio. Todo es perdido desde luego que se las considere como puras abstracciones. En este caso es cuando la filosofía delirando, quiere inventarlo todo en materia de política, moral y religión; al modo de un fisiologista que no viendo en la vida y sus fenómenos mas que un sistema arbitrario, pretendiese inventar un nuevo modo de existencia: los estóicos llegaron efectivamente á este exceso de locura, cuando en la imposibilidad de substraerse á las penas del alma, y los padecimientos del cuerpo, hicieron consistir la felicidad, en la insensibilidad á los dolores físicos y morales, insensibilidad que es incompatible con el modo de existir que es esencial al hombre.

La base en que se apoyan las demas teorías

* No comprende á la nuestra ninguna de estas reconvenciones; pues establece por base la Religión verdadera, y conforme á ella forma y dicta sus leyes. (N. D. T.)

del bien soberano ó sumo, imaginadas en tan gran número por los sabios de la antigüedad * tienen fundamentos mas débiles todavía; porque vacías de esperanza, solo consideran al hombre en el estado presente, sin hacer caso de su suerte futura: triste y vana filosofía que viene á estrellarse y deshacerse en el escollo de la muerte.

Conocer, amar y obrar, he aquí lo que compone al hombre. De la armonía de estas facultades y de su perfecto desarrollo, resulta la felicidad del individuo; porque es conforme al orden en un grado eminente, ó á la naturaleza de los seres, que sus facultades se desenvuelvan; y porque todo ser, privado de una de sus facultades naturales, ó en el cual esta facultad esté ociosa, por falta de objeto correspondiente á que pueda aplicarse, se halla en un estado contrario á la naturaleza, por consiguiente en un estado de tormento.

El objeto propio de la inteligencia, ó de la facultad de conocer, es la verdad: luego la igno-

* Varron cuenta doscientas ochenta y ocho.

rancia, que es un estado de imperfeccion, y el error, que lo es de desórden, son contrarios á la naturaleza del ser inteligente é incompatibles con la felicidad.

Así como la verdad es el objeto de la inteligencia, lo bueno lo es del amor, y el amor se deriva de la inteligencia, porque es indispensable conocer el bien antes de amarle, y porque el amor no es otra cosa que el goce ó la fruicion íntima de la verdad conocida.

La inteligencia pues es el principio del amor; y este, como principio de accion, se dirige á realizar al exterior su objeto, es decir, el bien ó la verdad: está escrito de la Verdad suprema, revestida de nuestra naturaleza por efecto de un amor infinito, que *pasó haciendo bien*.

Pero el hombre activo por sus sentidos, é inclinado por ellos hácia los objetos materiales, dividido así entre dos amores ó dos voluntades que le impelen violentamente en direcciones opuestas, no podria alcanzar ni disfrutar la paz, sin haber establecido antes el órden entre sus

* *Transiit benefaciendo, Act. x. 58.*

facultades, sometiendo los sentidos á la ley de la inteligencia ó de la verdad: el cual órden por lo que hace á sus diversos respectos con las acciones de los seres libres, no es mas que la justicia inmutable: luego no puede haber felicidad sin virtud, ni virtud sin el amor predominante de los bienes intelectuales, ó de la justicia y la verdad.

Destruid esta armonía y dependencia entre nuestras facultades, y en el instante veréis nacer de este desórden un tormento que solo cesará cuando se acabe aquel. El hombre, en el estado de ignorancia vive y obra á ciegas; no sabe ni lo que está obligado á amar, ni lo que puede tener por lícito, ni lo que el órden quiere huya y mire como prohibido; si la ignorancia es total, como en el idiotismo absoluto, se destruye todo amor, acábase toda accion y el individuo muere, á menos que una inteligencia extraña no le conserve. Corrompiendo al amor el error, desconcierta las acciones, y pone al hombre fuera de su lugar en falsas relaciones, y por consiguiente dolorosas, con sus semejantes. Luego que el amor se extravía ó pierde su verdadero objeto, quedando la verdad en el entendimiento, se en-

tabla entre la razon y los apetitos una guerra terrible que asola y desconcierta el alma ; y esto es lo que forma los remordimientos con sus terrores y sus intolerables angustias. Llegando á apoderarse del mando los sentidos ú órganos destinados á servir *, llega á lo sumo el desórden ; todo perece, inteligencia, amor y aun el cuerpo. « Cuando estábamos sometidos á la ley « de la carne, » dice enérgicamente aquel libro en el cual está toda verdad, « las pasiones desarrgladas, obraban en nuestros miembros, y « daban frutos de muerte . »

Es pues la primera condicion de la felicidad, que las diversas facultades del hombre estén convenientemente ordenadas entre sí, y que cada una goce de su objeto propio. La segunda, que cada facultad alcance su perfecta extension y ejercicio, ó goce del objeto que la corresponde segun toda la plenitud de su capacidad. Mas,

* Es bien sabida la bella definicion del hombre, dada por M. de Bonald : *El hombre es una inteligencia servida por órganos.*

† *Cum enim essemus in carne, passiones peccatorum... operabantur in membris nostris, ut si uctificarent morti.* Ep. ad Rom. VII. 5.

los deseos son un indice seguro de esta capacidad : como se deja ver claramente en que, el hombre que siente en si mismo un deseo infinito de conocer y amar, porque puede y debe conocer la verdad infinita y amar el infinito bien, nunca se ve atormentado por un deseo infinito de obrar, porque su accion como ser fisico, es natural y necesariamente limitada. El sabio que quiere conocer las leyes de los movimientos celestes, y trabaja y vela para descubrirlos, no piensa en someterlos á su voluntad ; y la razon es, porque su poder para la accion es limitado y su inteligencia no tiene términos.

Sentados estos principios, consideremos la filosofia y la Religion en sus diversos respectos con la felicidad : y comenzando por la filosofia, que se nos diga ¿ cuáles son las verdades que nos ha revelado ? ¿ Cuáles los bienes que nos ofrece y las obligaciones que nos prescribe ? ¿ Qué nos enseña sobre el puesto que ocupamos en el órden de las criaturas, nuestro origen, naturaleza y destino ? ¡ Ay ! Llena de presuncion, pero sin poder alguno, engaña ó envilece todas nuestras potencias. Nuestro espíritu la pi-

de la verdad infinita, que es la única proporcionada á sus deseos, y ella no le presenta mas que dudas, conjeturas vanas y absurdos palpables. Todas las creencias huyen de su presencia; y cayendo como un torbellino sobre el entendimiento humano, echa abajo todos los principios, arranca de raiz todas las ideas, destruye toda esperanza. Los sistemas son tantos en número como los filósofos, y tan vagos y fugitivos como los sueños de la noche. Representémonos un hombre incitado por el deseo de la verdad, que es natural en todas las criaturas inteligentes á buscarla, y que con ayuda de una razon recta, emprende con este designio, el exámen de los sistemas filosóficos. ¡Cuántas obscuridades! ¡Cuántas incertidumbres! ¡Cuántas contradicciones! ¡Qué mar tan inmenso se le presenta, y cuyas riberas nadie hasta ahora ha podido descubrir! Vos á quien engaña la esperanza de encontrar en él algun día el feliz puerto á que aspirais, creed en la experiencia de viageros desengañados, oid la voz de Rousseau: « Consulté á los filósofos, registré sus libros, examiné sus varias opiniones; todos los encontré

« arrogantes, afirmativos, dogmáticos, hasta en su
« pretendido escepticismo; que nada ignoraban,
« que nada probaban, y que se burlaban unos
« de otros; y este punto comun de todos me pa-
« reció el único en que tuviesen razon. Triun-
« fantes cuando acometen, son flacos cuando se
« defienden. Si pesais las razones, solo para
« destruir las tienen; si contaís los votos, cada
« uno está reducido al suyo; solo en disputar
« están acordes¹. »

Mas el hombre no ha sido puesto en la tierra, para disputar, los pocos instantes que en ella ha de vivir; está en ella para conocer y obrar, por consiguiente para creer; é infeliz de aquel, á quien la duda abre las puertas del sepulcro.

« Concebí, añade Rousseau, que la primera
« causa de esta portentosa diversidad de pare-
« ceres, es la insuficiencia del espíritu humano,
« y su soberbia la segunda. No tenemos la medi-
« da de esta máquina inmensa, no podemos cal-
« cular sus relaciones; no conocemos ni sus pri-
« meras leyes, ni su causa final; nos ignoramos

¹ *Emilio*, libro IV.

« á nosotros mismos ; no conocemos ni nuestra
 « naturaleza, ni nuestro principio activo ; apenas
 « sabemos si es el hombre un ser simple ó com-
 « puesto ; por todas partes nos cercan impene-
 « trables misterios, superiores á la region sensi-
 « ble ; creemos tener inteligencia para penetrarlos
 « y solo tenemos imaginacion. Por medio de este
 « mundo imaginario, se abre cada uno una sen-
 « da, que cree es la buena ; mas ninguno puede
 « saber, si la suya conduce á la meta ¹. »

« ¡ Cuán extraña es la condicion del hombre,
 « aspirando con un ardor inexplicable á la posesion
 « de la verdad, sin poder estar seguro nunca de
 « abrazar en lugar suyo la mentira ! Es incapaz
 « naturalmente de alcanzar la certeza, y la duda
 « es para él un suplicio. Sin embargo, observa
 « Pascal, « cada uno debe tomar su partido y su
 « rango, declararse por el dogmatismo ó el pir-
 « ronismo ; pues quien pensase quedar neutral,
 « sería pirrónico por excelencia ; esta neutralidad
 « es la esencia del pirronismo ; y el que no está
 « contra ellos está manifiestamente por ellos.

¹ *Emilio*, libro IV.

« ¿ Qué hará pues el hombre en tal estado ?
 « ¿ Dudará de todo ? ¿ Dudará si vela, si le
 « punzan, ó le queman ? ¿ Dudará si duda ?
 « ¿ Dudará si existe ? Es imposible llegar á tal
 « extremo : y yo tengo por cierto que jamas
 « hubo un pirrónico efectivo y perfecto. La na-
 « turaleza sostiene la razon débil y no la permite
 « disparatar hasta este punto. ¿ Dirá por el con-
 « trario, que conoce ciertamente la verdad, este
 « mismo que, por poco que se le estreche, no
 « puede mostrar ningun título, y tiene por
 « fuerza que soltar la presa, y darse por ven-
 « cido ?

« ¿ Quién desembrollará este caos ? La natu-
 « raleza confunde á los pirrónicos, y la razon
 « los dogmatizantes. ¿ En qué pues pararás, ó
 « hombre, que deseas conocer y buscas tu ver-
 « dadera condicion por tu razon natural ? No
 « puedes huir de una de estas dos sectas, ni
 « subsistir en ninguna ¹.

« Formado el hombre para obedecer á las
 « leyes del orden, para vivir en sociedad con

¹ *Pensamientos de Pascal*, cap. XXI.

Dios, autor y vínculo de todos los seres, para poseer la verdad infinita por la inteligencia, y gozar de ella por el amor, si la pierde, no viendo ya entonces cosa mas grande ni mas perfecta que á sí mismo, comienza á amarse sin medida en lo que tiene mas íntimo y mas activo, su pensamiento y sus sensaciones: y, para ir consiguiente en él desórden, despues de haberse escogido á sí mismo para objeto de un amor infinito, se hace centro de todas las cosas, se hace Dios. Así la filosofia es la idolatría del hombre, idolatría funestísima, porque exaltando el egoismo al infinito, rompe todos los vínculos sociales.

Seguramente es el espectáculo mas lastimoso y digno de piedad el que ofrece una criatura débil ignorante, oprimida por la calamidad, que habiendo perdido de vista su verdadero fin, revuelve con furia y obstinacion este fundo inmenso de miseria, para buscar en él su fin y su descanso. Corriendo esta desventurada criatura el árido desierto de la vida, salta de alegría al encontrar los placeres mas viles, como los primeros hombres daban gritos gozosos, cuando

errantes y hambrientos por medio de los bosques, descubrian algunas frutas silvestres, ó los despojos asquerosos de una presa que abandonaron las fieras.

Todas las teorías filosóficas de la felicidad se reducen á los sistemas de Epicuro y de Zenon, combinados y modificados diversamente; y por la razon que ya arriba dijimos, en las acciones y deseos del hombre separado de Dios, por último resultado todo viene á parar en el orgullo ú el deleite. Se ama con un amor infinito en lo que tiene mas íntimo y grande, á saber, su pensamiento y su inteligencia. Pero este amor le atormenta lejos de hacerle feliz, porque, evidentemente, no guardando proporcion con su objeto, y pidiendo sin cesar un alimento nuevo, que rara vez se le da, y que nunca le sacia, obliga al hombre á confesarse á sí mismo su extremada indigencia, y, á pesar de sus repugnancias, se detiene y fija en el conocimiento penoso de su imperfeccion. El deseo de gloria, empleos y honores, la pasion del estudio, el amor de las riquezas; cuando no tienen por fin ulterior los deleites físicos, los enagenamientos y delicadezas

sospechosas de la sensibilidad, todo esto repito, y hasta las virtudes morales puramente no son, si me es licito hablar así, mas que tentativas del orgullo para alejar de sí este sentimiento doloroso. Se esfuerza á suplir la perfeccion absoluta por una superioridad relativa. Engañado por esta vana esperanza, el hombre trabaja para elevarse sobre sus semejantes en poder, reputacion, ciencia y riquezas; y no hay ventaja por mezquina y ruin que sea aun en lo corporal; en la cual la vanidad no se empeña en buscar deleites.

Mas llegue á poseer en hora buena todas estas ventajas reunidas, todavía no sale ni podrá salir jamas de esta esfera: su posesion no es otra que la del hombre imperfecto y miserable, y el corazon le pediria muy pronto otros bienes. *Yo he sido todo*, decia el emperador Severo, que habia subido desde las últimas filas y clases del ejército hasta el trono de los Césares, *yo he sido todo, y he visto que para nada sirve todo*. He aqui la sentencia con que puso fin á treinta años de tra-

Omnia fui, el nihil expedit.

bajos y de una ambicion afortunada. Recorred los demas campos de la gloria, preguntad á los filósofos y favoritos de las musas, desde Homero y Plinio el anciano hasta Voltaire y Diderot, y no oiréis otra cosa que llantos amargos y gritos de dolor. El tedio, la zozobra, el disgusto devorarán interiormente estas almas soberbias, cuya felicidad envidia el vulgo insensato: muy parecidos en esto á aquellos dioses del paganismo, á quienes roían los gusanos en sus mismos altares.

Lo mismo sucede en las demas condiciones; porque el orgullo penetra á todas partes. Pueblo, grandes, sabios, ignorantes, todos se fatigan para ser admirados, y elevarse en el concepto de los otros y en su propia imaginacion. Casi todas las vanas ocupaciones de los hombres no tienen otro fin; y únicamente por engrandecer la idea que tienen formada de sí mismos, es, por lo que, el uno asola la tierra y el otro pasa su vida estudiando é investigando sus producciones; este se encierra en su gabinete para escribir un libro, y aquel va á hacerse matar á mil leguas de su casa por un pedazo de cinta, que exal-

tándole en su propia estimacion, le distraerá, segun cree, de la memoria importuna de su nada y de su miseria. No tienen otro móvil nuestras opiniones, y ni aun nuestras diversiones mas frívolas. Buscamos en ellas ansiosamente un sentimiento, tal cual sea, de superioridad que nos oculte el de nuestra imperfeccion real : y nuestro orgullo es á un mismo tiempo tan desordenado y pobre, que cualquiera cosa le sirve de alimento, la suerte de una carta, la vuelta favorable de un dado, y, lo que ni aun se puede imaginar sin horrorizarse, la separacion misma de Dios y la pérdida de toda esperanza.

He aquí en lo que venimos á parar, cuando, empeñados en encontrar en nosotros mismos nuestro bien, nos lisonjamos hallarle en la triste contemplacion de nuestra excelencia propia. Y como donde no hay regla ó verdad, todo es exceso y desorden, esta especie de culto intelectual y adoracion que el hombre se tributa, le conduce á un excesivo desprecio de sí mismo. Fatigado de un trabajo infructuoso se abate tanto, quanto antes habia querido ensalzarse. Desdeña su entendimiento y le degrada hasta

dar la preferencia sobre él al instinto de los brutos. Se queja de que le ha engañado con sus falsas promesas, y buscando en adelante su bien fuera del alma é independiente de ella, se ama á sí mismo en lo que tiene mas ciego, que son sus sensaciones, segun la observacion profunda de san Pablo. « Teniendo el entendimiento obscurecido con espesas tinieblas ; separados de la vida de Dios por la ignorancia que produce en ellos la ceguedad de corazon, se abandonan ya desesperados á la impureza y á todas las obras inmundas . »

Pero siendo mucho mayor aqui la desproporcion entre el amor y su objeto, las potencias y los deseos, el hombre nunca es mas miserable que cuando se deja dominar por los sentidos. Todo el ser moral padece entonces, y sucede de repente á la corta y pasagera embriaguez del placer, la turbacion, el remordimiento

Tenebris obscuratum habentes intellectum, alienati à vita Dei, per ignorantiam quæ est in illis, propter cecitatem cordis ipsorum, qui desperantes, semetipsos tradiderunt impudicitæ, in operationem omnis immunditiæ. Epist ad Ephes IV, 18. 19.